

JESÚS COME CON LOS PECADORES

Jésus mange avec les pécheurs, La Vie Spirituelle, 112 (1965) 276-299.

Ato largo del conflicto que en el Evangelio se desarrolla entre Cristo y los fariseos, uno de los mayores reproches que éstos hacen a Jesús, o más exactamente a sus discípulos, es que su Maestro "come con los publicanos y pecadores". Lo encontramos en los tres evangelios sinópticos (Mt 9,11; Me 2,16; Le 5,30 y 15,2) y es el mismo Cristo quien en Mt 11,19 pone la expresión en boca de sus adversarios: "Vino Juan que ni comía ni bebía y dicen: está poseído del demonio. Vino el Hijo del hombre que come y bebe, y dicen: es un comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores".

Esta insistencia de los evangelistas atestigua la importancia que los fariseos daban a la acusación. Cristo se comportaba de manera realmente escandalosa. Y el escándalo consistía, no en que tuviese trato con los publicanos, cosa que en la vida corriente era prácticamente inevitable, sino precisamente en el hecho de *comer* con ellos, de hacerse invitar a su casa, como más tarde se reprochará a san Pedro después de la conversión de Cornelio (Act 11,3).

¿Porqué este compartir el pan y comer a la misma mesa podía parecer a los contemporáneos de Cristo, no sólo anormal, sino revolucionario y escandaloso?

LAS COMIDAS DE LOS HOMBRES

En toda la Biblia, y en especial en el AT, la hospitalidad aparece como uno de los rasgos fundamentales de la vida social de Israel. Al principio era una necesidad de la vida en el desierto, pero como nota el P. de Vaux "esta necesidad se convirtió en una virtud". Así en la época patriarcal vemos a Labán apresurándose a acoger al anciano servidor de Abraham (Gén 24,28-32) y al mismo Abraham recibiendo en Mambré a los tres mensajeros de Yahvé, y yendo a buscar para ellos un pedazo de pan y otros manjares preparados a toda prisa por Sara (Gén 18,1-8).

El placer de comensal

En realidad no son sólo los hebreos, sino todos los hombres de todos los tiempos y latitudes, quienes se han invitado mutuamente a compartir sus comidas. Porque el hombre es un animal social. La necesidad de vivir en sociedad con sus semejantes marca todas sus actividades, aun las más elementales. ¿Qué cosa más profundamente terrena que comer y beber? Lo mismo hacen los animales, aunque no del mismo modo. Van al abrevadero cada uno por sí, se lanzan sobre el alimento, los perros se disputan el hueso. Sólo el hombre *comparte*. Comer, para él, no es sólo llenar el estómago; es comulgar con sus prójimos en el compartir un mismo alimento. "La mesa, escribe José de Maistre, es la mediadora de la amistad. No hay tratados, ni acuerdos, ni fiestas, ni ceremonias de ninguna especie, aun las lúgubres, sin comidas en común...". Y Saint-Exupéry nota que incluso para los salvados del desierto, el verdadero placer en el momento de ser salvados no es el de beber sino "el del pan compartido". La palabra latina *convivium*, expresa bien este lazo entre la mesa y la amistad, y Cicerón hacía notar que, mejor que *compotatio* o *concenatio*, esta palabra desentraña el significado del

convite, que es propiamente una "vida con". Como las palabras *compañero* y *compañía* derivadas etimológicamente de "comer el pan con...".

Por eso, según la Biblia, no se puede comer con cualquiera. Los egipcios no comen con los hebreos (Gén 43,32). La misma idea reaparece referida a los gentiles y pecadores, Y san Pablo dirá a los Corintios: "No os mezcléis con ninguno que, llevando el nombre de hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, maldiciente, borracho o ladrón; con éstos, ni comer" (1 Cor 5,11). Y todo ello no por motivos arbitrarios, sino porque una comida es símbolo de amistad, de comunión, expresión de nuestros sentimientos interiores. Este es un punto que la Biblia señala igualmente: la unión entre comer y beber, por un lado, y amar y odiar, por otro.

El sacramento de la amistad

La comida compromete no sólo el presente, sino también el porvenir. No es sólo signo de comunión, es igualmente, y en la misma amplitud, *factor* de comunión, cimiento de una amistad que por ella se expresa.

Para comprenderlo nos basta acudir a la experiencia corriente. Al reunarnos en torno a la misma mesa se crea una armonía entre nosotros. Y él alimento que compartimos nos sustentará hasta mañana. Este ser colectivo, que continuará hasta la próxima comida, será recreado y reforzado si nos volvemos a encontrar. El "poner la mano en un mismo plato" como los Apóstoles, traduce así nuestra intención de configurarnos en cierto modo según un modelo común. La madre de familia siente instintivamente que algo anda disorde cuando uno de los invitados rehúsa comer o no puede comer del plato común. Y a una casa en donde todos comen aprisa, cada uno por sí solo, a horas diferentes, le falta un elemento esencial de cohesión. Si no es que estas comidas rápidas y aisladas son ya el indicio mismo de un amor que se deshace.

Porque, en efecto, la comida es tanto signo como promotor de comunión. Es como un *sacramento natural*: crea lo que expresa. Expresa una amistad ya existente y crea un deseo renovado de esa misma amistad. La Biblia lo expresa con fuerza. Es muy probable que la palabra hebrea *berit*, que designa una alianza, venga del verbo "comer en común". Por lo menos la ligazón real existe. No es raro en el AT el que una comida selle un pacto (Gén 26,30; 31,46). Y aún más: en el libro de Josué, el hecho mismo de gustar de las provisiones de los Gabaonitas, funda la alianza con ellos (Jos 9,14). Y en otros casos, como el de Lot en Sodoma (Gén 19,1-8) o el del crimen de Gueba (Jue 19,16-25), la fidelidad a los huéspedes con quienes han comido y bebido puede llegar al extremo de sacrificar el honor de una hija.

Y porque la comida lleva consigo un pacto, Pablo luchará con violencia en Antioquia para impedir que coman separados los cristianos venidos del judaísmo y de la gentilidad. Sería romper la unidad de la Iglesia (Gál 2,11 ss). Y por lo mismo, toda traición venida de un comensal se siente con un dolor particular: "Aun el que tenía paz conmigo, aquel a quien yo me confiaba y comía mi pan, alzó contra mi su calcafiel" (Sal 41,10); texto que Juan recogerá (13,17) a propósito de Judas y su traición, expresada por san Mateo en boca de Cristo con estas palabras "el que conmigo mete la mano en el plato, ese me entregará" (Mt 26,23).

LAS COMIDAS CON DIOS

Hasta aquí hemos examinado la realidad de la comida en su dimensión "horizontal", como realidad natural, fuera de toda consideración religiosa. Vamos a examinarla ahora según la dimensión "vertical", estudiando el lugar de Dios en la comida de los hombres, para abordar así mejor después la comida de Cristo con los pecadores.

El alimento recibido

Notemos en seguida que toda comida, y no sólo las sacrales, es en cierto modo un acto de culto. Porque este alimento que tomamos lo recibimos, por creación y conservación, de Dios. Por eso la acción de gracias es una componente normal de toda comida humana. La misma comida es ya una acción de gracias (1 Cor 10,31). Una fiesta, una alegría, es inconcebible para la Biblia sin una comida (Neh 8,12; Le 5,29). La vuelta del hijo pródigo se celebrará con un festín (Lc 15,23).

El alimento ofrecido

Pero si es expresión de gratitud y alegría, el hombre experimenta también que el pan que come es el pan del sufrimiento y del dolor, ganado con su sudor (Gén 3, 17). En su laboriosa conquista del pan, el hombre conoce prácticamente que es necesaria una colaboración, un encuentro, entre su esfuerzo humano y la gracia gratuita de un dispensador todopoderoso.

Y precisamente porque el alimento es el resultado de una colaboración entre el hombre y Dios, va a servir de natural intermediario entre ellos. Para manifestar su bondad hacia su creatura, Dios le otorga el beneficio del alimento. Para manifestar su dependencia hacia Dios, el hombre le entregará su alimento y le ofrecerá un sacrificio.

Aquí es muy importante notar que Dios no va a sentarse a la mesa del hombre como un comensal humano. Dios es el amo soberano, el dispensador de todo bien. Es normal, por tanto, que el hombre, como tributo, le ofrezca o consagre algo. Lo esencial del sacrificio -al menos en la concepción bíblica- no es, pues, la destrucción sino el *don*. Es digno de notarse por ejemplo que en el AT siempre se ofrecen a Dios alimentos *preparados*: no grasa; sino harina o pan, no uvas, sino vino, no animales salvajes, sino domésticos. La mayor parte de las veces se añade sal a la oblación (Lev 2,13). Así queda en plena luz que el *hombre se priva para dar*. Ofrece a Dios su alimento, el que hubiera servido para su mesa, reconociendo que todo viene de Dios (1 Cor 29,14).

El alimento compartido

Pero una vez reconocida por el hombre la grandeza de Dios, he aquí que, por una nueva iniciativa divina, el acto que expresaba la dependencia del hombre se va a volver en su provecho. Dios no podía por su Majestad venir a sentarse a la mesa del hombre: pero nada puede impedir ahora a su bondad el invitar al hombre a su propia mesa y darle parte de sus bienes. Es la comida sacrificial, manifestación esencial del culto en el A. T. (Dt 12,5-7). También ésta es signo y factor de comunión a la vez: su fin es expresar y reforzar la alianza entre Dios y sus fieles. También aquí la mesa es "mediadora de la

amistad". Y precisamente por ser comida de alianza, no puede invitarse a ella a cualquiera. Para participar hace falta ser miembro del pueblo de Dios. El extranjero y asalariado no puede tomar parte en ella. Ni el huésped. Sí, en cambio, el esclavo, "doméstico", que es parte de la familia (Dt 12,12-18).

Por razones semejantes, el fiel no debe participar en el culto de los ídolos con sus festines sacrificiales. En esta comensalidad se establece una unión semejante a la del encuentro sexual. Por eso se la compara con frecuencia a la prostitución (Os 1,2). En esta perspectiva se sitúa la prohibición de san Pablo a los Corintios sobre el comer las carnes inmoladas a los ídolos (1 Cor 10,20-21).

LAS COMIDAS DE CRISTO

Tenemos ya los elementos necesarios para comprender mejor el significado de las comidas de Cristo con los pecadores. Procuraremos precisar, para captar en su misma fuente, el asombro y el escándalo de los fariseos.

Cristo come con los pecadores

En el AT los pecadores son excluidos del convite; Cristo, sin embargo, come con ellos. Es un hecho. Con pecadores que lo son de veras, incluso con pecadores públicos. Entre ellos están los publicanos, esos aduaneros que se enriquecían un poco demasiado fácilmente a expensas de sus compatriotas. Uno de ellos, Zaqueo, ¿no ha reconocido implícitamente sus fraudes?

¿Por qué ésta conducta de Jesús? Por dos razones. La primera, del todo negativa, porque no quiere excluir a nadie. "Dios no hace acepción de personas" (Act 10,34). Jesús como con los fariseos (Lc 7, 36; 11,37; 14,1). ¿Por qué no lo hará con los publicanos? La segunda razón es más sutil y profunda. Isaías había anunciado "un festín de carnes grasas, un festín de buenos vinos" (Is 25,6) para todos los hombres. Abundancia de manjares y diversidad de comensales serían las características de esa comida. En cuanto a la abundancia, Cristo la ha traído ya, al menos en arras. Los milagros de la multiplicación de los panes (Mc 6,35-44; 8,1-9), como una vuelta a la época paradisiaca anterior a la maldición de la tierra y una renovación del maná del Éxodo (Ex 16, 18), son ya una realización de la profecía de Isaías. En cuanto a la invitación universal, Cristo no sólo la describe en la parábola en que los invitados son recogidos de las calles y plazas (Lc 14,21), sino que la muestra con su propia conducta, partiendo el pan con los publicanos y pecadores.

Cristo se sienta a la mesa de los pecadores

Cristo no se contenta con comer con los pecadores. Va a sentarse a su mesa, busca su compañía, y parece incluso preferirla a la de otros judíos como los fariseos. Es la impresión que sacamos de la comparación de la atmósfera reinante en las comidas con unos y con otros. Con los pecadores la atmósfera es cordial y corre el vino (Mt 11,19). No ayuna a su mesa, cosa que escandaliza a los escribas y fariseos (Lc 5,33). Donde Jesús se encuentra incómodo es más bien a la mesa de un Simón (Lc 7,36 ss) o de sus

semejantes (Lc 13,37). La acogida es poco cordial: se olvidan las más elementales muestras de hospitalidad (Lc 7,44-46) y Jesús aprovecha la ocasión para decirles cuatro verdades (Lc 11,39 ss).

Para comprender bien esta preferencia de Jesús importa sin embargo no reducirla tan sólo a sus componentes psicológicas. Notemos que toda la Revelación y la historia de la salvación se desenvuelve entre dos comidas: la primera, catastrófica, la de Adán y Eva rebeldes que comen solidariamente del fruto prohibido, comida contra Dios en que pierden su amistad, y la segunda, la última, la comida del Reino, en que del levante y del poniente, del norte y mediodía, vendrán a sentarse en el festín del Reino de Dios" (Lc 13,29). En ésta se restablecerá la armonía del Paraíso, todos los hombres serán reconciliados entre sí y con Dios, Dios será todo en todos, y Él mismo les servirá a la mesa (Lc 12,37). Entre estas dos comidas se sitúa todo el largo caminar del Pueblo de Dios, antes y después de Cristo. Las comidas innumerables que refiere la Biblia lo jalonan. Pero las comidas de Cristo, juegan un papel privilegiado, único. El ha venido a reconciliarnos con el Padre, es decir: a abolir las consecuencias de la primera comida y conducirnos al festín escatológico. En esta perspectiva, las comidas con los pecadores no son episodios secundarios: son aquello para lo que ha venido: a buscar lo perdido, a recuperar la dracma o la oveja (Lc 15,4-10). Pero no basta hablar de reconciliación, de destrucción de barreras entre el hombre y Dios, de un acto aislado y sin proyección al futuro: Cristo viene, además, a ofrecer al hombre la amistad de Dios; el perdón no se concibe sino en función de esta comunión.

Aquí volvemos a encontrar el rico simbolismo sacramental de la comida, que realiza lo que expresa. ¿Y qué expresa aquí? De parte del hombre -caso de Levi- el deseo impaciente y alegre de una vida nueva. De parte de Cristo una como predilección secreta por los pecadores. Cristo quiere, por el convite, concluir un pacto con el pecador, un pacto que compromete el porvenir. ¿En qué consiste? Cristo lo dirá: "Misericordia quiero y no sacrificio" (Mt 9,13). Dios se compromete a la misericordia, dispuesto a perdonar no sólo setenta veces siete, sino aun por adelantado (Lc 15,20), como el padre del pródigo. El pecador, por su parte, se compromete a cambiar de vida, o más exactamente a dejar hacer al médico. El hijo ha de volver. La pecadora ha de amar mucho, porque ha sido perdonada (Lc 7,47).

Cristo se invita a la mesa de los pecadores

Cristo toma el pecado, se hace pecado por los pecadores, y les propone a cambio nada menos que entrar en la santidad de Dios. Aun sin comprender esta profundidad, los fariseos, al ver a Cristo a la mesa de los pecadores, han comprendido al menos que un pacto de solidaridad iba a sellarse. Esto bastaba para su asombro. Para comprender ahora por qué su asombro se muda en escándalo y odio, hemos de considerar *dónde* y *cómo* se realiza este pacto.

En todo el AT es Dios quien invita á su mesa tomando la iniciativa. La comida sacrificial, comida sagrada, con su complicado ceremonial que recuerda al fiel la majestad de Dios, tendrá lugar en sitio sagrado, de ordinario en el Templo de Jerusalén (Dt 12,5-7). Pero Cristo vuelve del revés todas las reglas e ideas recibidas. Él, que pretende ser Dios, deja al hombre la iniciativa de invitar a Dios, y rompiendo toda distinción entre sagrado y profano, instala lo sagrado en el mismo corazón de lo

profano. Dios mismo viene a sentarse a la mesa de los hombres. Leví organiza un festín. Jesús acude como lo más natural. En rigor podría haber buscado un sitio "neutro" para el encuentro, por ejemplo Betania, en casa de Lázaro. Pero no: Él hará todo el camino: va a buscar a los pecadores, a veces sin ser invitado, como en el caso de Zaqueo. El colmo de la audacia. Los fariseos protestan: "ha ido incluso a alojarse en casa de un pecador" (Lc 19,1-7). Protestan porque no comprenden lo que pasa en el corazón de Dios, cuando la oveja corre a su perdición. Hará todo el camino. No importa la distancia. Del rango de Dios bajará a ser esclavo, se hará semejante a los hombres (Flp 2,6-8).

Cristo paga el festín por los pecadores.

Porque Cristo pagará la deuda, substituyéndose hecho pecado en su lugar, los pecadores podrán ser admitidos al Reino sin otra condición previa. Este es el punto más grave del conflicto con los fariseos, el que conducirá a Cristo a la muerte. Tratemos de comprenderlo bien para una justa comprensión del Evangelio.

En el AT Dios no entraba en comunión sino tras un sacrificio. Aparentemente el proceso era lógico: Dios no se da sino a quienes le buscan, hay que *merecer* la gracia de su intimidad. Esta era la perspectiva mental de los fariseos. Pero Cristo viene a afirmar exactamente lo contrario. Sin ello el Evangelio no sería el Evangelio. Por sus obras y su doctrina viene a proclamar que lo primero no son las buenas obras ni los méritos del hombre, sino la iniciativa misericordiosa de Dios, la salvación gratuita ofrecida al pecador (Is 55,1). Festín gratuito que se realiza ahora en Cristo. Para ilustrar esta verdad fundamental bástennos dos textos. El primero el episodio de Zaqueo. Según la concepción farisea, y en buena lógica, la salvación no debía haber entrado en casa de Zaqueo, sino tras la reparación de sus faltas, la restitución del dinero. Pero Cristo no sigue esa lógica. Para él la salvación es lo primero, Él la lleva consigo: es Él mismo: "hoy ha venido la salud a tu casa". Y por ello Zaqueo decide "dar la mitad de sus bienes a los pobres y devolver el cuádruplo de lo defraudado" (Lc 19;1-10). Esta escena se aclara puesta en relación con la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14). El fariseo tiene toda clase de buenas acciones en su activo, a diferencia de Zaqueo, para quien no son aún sino promesas. El publicano no osa ni examinar sus acciones, que no son sino pecado. Para ser justificado, como Zaqueo, normalmente habría de cumplir las condiciones de restitución y sacrificio del Levítico (Lev 5,20). Pero de ellas no se habla en la parábola... Y sin embargo, Cristo concluye: "El publicano bajó a su casa justificado, el otro no".

Estamos aquí en el nudo mismo del conflicto entre Cristo y los fariseos. Para éstos la justicia -reducida a la obediencia y a la ley- era una condición para entrar en el Reino, una recompensa a sus méritos. Para Jesús, al contrario, es la entrada en el Reino la que justifica; su bondad no espera el primer movimiento de arrepentimiento, lo *provoca*. Las obras meritorias no son lo primero; son un fruto de la fe. Los fariseos están tan repletos de su propia justicia, que no saben qué hacer del pan que se les ofrece. Esforzándose en prepararse, han extinguido en sus corazones el deseo de lo que Dios les preparaba. Por eso "los publicanos y las prostitutas entrarán antes que ellos en el Reino de Dios" (Mt 21,31).

LAS COMIDAS DE LA IGLESIA

Al final de estas páginas podría extrañar que no hayamos hablado aún de la comida central del NT, el convite eucarístico de Cristo con sus apóstoles. Pero sin nombrarlo, no hemos hecho sino hablar de él. Todas las comidas del AT no hacían sino figurarlo y anunciarlo. Comida de reconciliación, de alianza, de amistad, es el convite por excelencia de Cristo con los pecadores. Es verdad que para participar en él no hay que haberse vuelto hacia los ídolos ni renegado de Cristo (1 Cor 10,21). Pero dejado aparte el caso extremo, hemos de reconocer. que la mesa eucarística ha sido preparada precisamente para nosotros pecadores, que necesitamos gracia y perdón para salir de nuestro pecado y entrar en amistad con Dios. Cristo nos la ofrece en la eucaristía, nos hace comulgar en su intimidad, y lo que es totalmente nuevo y admirable, no se contenta con comer o presidir, sino que se da a sí mismo en manjar y pan partido. Su carne y su sangre; su propio cuerpo, crean la unidad de todos los comensales entre sí y con Dios.

Tradujo y extractó: IGNACIO VELASCO